



## UNAMUNO VISTO POR SU HIJO

**F**ERNANDO Unamuno tiene casi ochenta años, y es un anciano de frente limpia, con el pelo cano peinado hacia atrás, y una tos crónica que se le agarra a los pulmones y de la que se ve obligado a librarse sacando el pañuelo. "He tenido siempre dolencias de bronquios. Nada muy grave, pero que no me ha dejado desde que era niño".

Don Miguel de Unamuno y Jugo, uno de los españoles más cabales que han parido los siglos, tuvo nueve hijos, y Fernando es el mayor. Uno de ellos, Raimundo, murió a los ocho años, de hidrocefalia. "Su muerte —nos dice Fernando— influyó mucho en mi padre, porque la casa giraba alrededor del chico. Recuerdo que nos daba pelotas de goma pequeñas para que jugáramos con ellas lanzándolas sobre la cuna, ya que esto le hacía reír". El pequeño Raimundo es también importante porque su nacimiento deforme conduce al padre a la gran crisis religiosa de su vida, que estalló en 1897, le duró algunos años y se le repitió varias veces. Más tarde cantarfa en versos al hijo muerto:

"Aún me abruma el misterio  
[de aquel ángel  
encarnado, enterrado en la ma-  
[teria].

Fernando va desgranando estas vivencias en su modesto piso de

la calle General Perón, donde vive con su mujer, Mercedes Adarraga, nacida en Palencia, que fue profesora de Magisterio en esa ciudad.

Es muy difícil arrancarle los recuerdos, primero por los olvidos lógicos de la edad, y además porque por haber visto a su padre tan de cerca ha perdido la perspectiva de lo extraordinario del personaje. Para él su padre

era ante todo «una persona normal», y pocas cosas de las que hizo le parecen significativas para la posteridad. Don Fernando ha heredado la humildad de don Miguel.

"Mi padre no fue mandón... Jamás nos pegó. Los pocos cachetes que recibimos nos lo tenía que dar nuestra madre. Ella era guerniquesa y de un carácter muy alegre. Con frecuencia solía decirle riendo a mi padre: 'Pero Miguel, ¿por qué todos los hombres de talento tenéis que ser tontos?'".

Unamuno la quería mucho. Fueron novios desde muy jóvenes y parecían mutuamente predestinados a vivir en común. El la llamó «mi baluarte y mi más íntimo consuelo», y también su «virgen madre que no tiene otra novela que mi novela». Don Miguel no conoció otra carne de mujer. La llamaba «Concha», y era hija de

una familia amiga. Cuando murió, en 1934, el mundo se le cayó encima. Sólo aguantó a sobrevivirla dos años.

"Desde que murió mi madre estaba muy triste. Era de constitución sanísima y nunca había estado enfermo. En los últimos días de su vida le atendió, sobre todo, su hija Felisa (que guarda la mayor parte de los recuerdos personales y cartas en Salamanca). Mi

### Fernando Martínez Laínez

hermano Rafael, que es oculista, también vivía con ellos. Mi padre murió hablando con un periodista que se apellidaba Aragón, y que todavía vive... Estaban sentados junto a una mesa camilla y el periodista notó por el olor que la zapatilla de mi padre se estaba quemando. Entonces se dio cuenta de que estaba muerto. Fue una trombosis fulminante".

El hijo mayor estaba de arquitecto municipal en Palencia —ha pasado en esa ciudad cuarenta años hasta jubilarse—, y su mujer no se atrevió a darle la noticia de momento. Únicamente le dijo que tenían que ir a Salamanca en seguida.

"Cuando me avisaron iba obsesionado pensando si le habrían detenido. Sólo cuando estábamos llegando a Salamanca supe la verdad. El féretro salió de la casa a hombros de falangistas... Anto-

nio Obregón, Víctor de la Serna, Fleta y otros, que no recuerdo. Le enterraron el día de año nuevo de 1937".

Hay retratos de Unamuno por las paredes de la sala. La casa es muy sencilla. Don Fernando está sentado en un sillón y tiene a su derecha un busto que le hizo Pablo Serrano. A la izquierda, fotografías de la cabeza angulosa y fría que Victorio Macho sacara del padre. En frente, una copia del retrato de Vázquez Díaz, con el paisaje de Castilla al fondo.

"Mi padre nunca fue hombre de conformismos con nada ni con nadie. Su personalidad la defendía contra todos. Cuando las primeras elecciones a las Cortes de la República vinieron a verle gente de los partidos políticos para presentarle diputado, pero él les dijo: 'Señores, me presento con una condición, que no me afilien a ningún partido. Sólo quiero presentarme con mi nombre'; y ganó".

El rechazo de don Miguel por los partidos políticos venía de antiguo. En 1914 se negó a entrar en las huestes del conde de Romanones. Esto le hizo vulnerable, y poco después fue destituido de su cargo de rector por el ministro de Instrucción Pública, señor Bergamín. Por esas fechas también Ortega intentó captarle para su Liga de Educación Política Española. Rehusó y, desde entonces, estuvieron distanciados y en ocasiones hostiles. "Yo fun-

daría un partido político —dijo una vez—, pero con la condición de que cuando se afilara otro más me dieran de baja".

Unamuno no tuvo nunca casa propia, en Salamanca vivió primero en la rectoría y luego en la casa de Bordadores. Siempre tuvo la preocupación religiosa. "Una hermana suya, Susana, que entró en el convento, al despedirse le dio un crucifijo pesado que conservó y llevó toda la vida. Primeramente colgado del cuello con una cadena y luego en el bolsillo. Murió con él. Su mejor amigo en Salamanca era el poeta ciego Cándido Rodríguez Pinilla. Nunca tuvo un cigarro encendido en la boca, ni pasó una navaja de afeitarse por su cara. Nunca llevó corbata, sólo chaleco cerrado con cuello duro postizo. No le gustaba ir ni al teatro ni al cine. Su distracción preferida era pasear por el campo a pie. Tenía un apetito normal, y no era exigente en la comida. Comía de todo y no bebía nunca alcohol".

Quedan cuatro hijos: Rafael, oftalmólogo en Salamanca; Fernando, arquitecto jubilado en Madrid; Felisa, que en Salamanca cuida los recuerdos del padre, y María, que ha vivido en Estados Unidos más de veinte años. Los cuatro y dos nietos, en total seis, cobran los derechos de autor familiares. Algo más de un millón de pesetas a repartir al año. Me dicen que esta cantidad se mantiene sensiblemente igual desde hace bastante tiempo, y sólo uno de los hijos —ya muerto—, Ramón, vivía exclusivamente de lo que de ella le correspondía. La guerra contribuyó a destruir a Unamuno y también a Ramón, el hijo pequeño, combatiente en el bando republicano.

"Le hirieron en el frente. La bala le entró por la boca y le salió por un ojo. Luego le llevaron a París y allí le hicieron una cirugía plástica muy mala. Quedó desfigurado por completo y se acomodó. Estuvo en Francia bastantes años, y luego vino a España y ya no se metieron con él. Le trataron bien".

El primogénito insiste en la sencillez del padre como la nota más característica de su compleja y recia personalidad.

"No era extrovertido ni introvertido. Era un hombre muy normal. Muy sencillo en todo. En el vestir, en el comer. No era duro para juzgar a los demás, y nunca le velamos enfadado en familia. El tenía sus preocupaciones, pero nunca las exhibía delante de nosotros. Hablaba muy poco sobre lo que escribía, y mi madre, que era muy alegre, tomaba a broma sus libros. Nunca dogmatizaba ni sentaba cátedra hablando. Tenía una gran facilidad para los idiomas. Aprendió con extraordinaria rapidez el checo, el danés, el alemán y, también, el vascuense para hablar con su novia...".

Don Miguel era un hombre casero. Cuando terminaba sus clases volvía a casa a comer, y después salía para tomar un café en tertulia y dar un paseo. «Una ciudad —decía— sólo es buena cuando desde el centro se puede salir al campo a pie en diez minutos». Esto lo podía conseguir en Salamanca.

"No jugaba mucho a las cartas, pero en Salamanca los domingos tenía partida de tresillo en el Colegio de San Ambrosio, que dirigía un cura sobrino de los Pinilla. A la partida iba también el teniente coronel de la Guardia Civil... Lo que le gustaba más era hacer solitarios. Llevaba siempre para eso en el bolsillo una baraja en una cajita, que le regaló una nieta, y cuando se sentía fatigado le servía de distracción".

"Mi padre pasaba mucho tiempo en casa. Después de comer salía un momento al casino o al café Novelty, de la plaza Mayor de Salamanca, y luego paseaba por la carretera de Zamora. Regresaba a casa a las cuatro y media o las cinco, y ya no salía hasta el día siguiente. Escribía en su despacho, con unas plumas de caña que él mismo se fabricaba (sólo a última hora usó estilográfica). Cenaba y se acostaba pronto. Madrugaba mucho".

La españolidad existencial es la médula y la raíz de la obra unamuniana. Dejando aparte las obsesiones religiosas, que le sacuden de tiempo en tiempo como una enfermedad, Unamuno es un hombre que escribe dentro de y para España, que se lamenta al verla postrada («No es tu reino, ¡oh mi patria!, de este mundo») y sufre la maldición del «cabillismo» del país. Pide a la juventud que se rebela y arroje con furia «piedras a la charca» para hacer saltar a las ranas de su sopor, y puso tanta vehemencia en atacar a Primo de Rivera que el dictador lo envió desterrado a Fuerteventura. Allí fue a buscarle Fernando con un plan de fuga preparado, y en un barco francés, con el director de «Le Quotidien», llegó a Cherburgo a fines de agosto de 1924. Unamuno vivió en París en una modesta pensión de la rue Perouge. Acudía a la tertulia de españoles del café de La Rotonde, en Montparnasse, pero se siente devorado por la soledad y la nostalgia de España. «Mi soledad de París —escribe—. No pienso volver a pasar por experiencia íntima más trágica». Así es que hizo la maleta y se marchó a Hendaya, donde podía recibir frecuentes visitas y, además, ver su tierra todos los días.

"En Hendaya pasó por un período de aperturas económicas. Pero siguió sin claudicar ante nada ni ante nadie. Una vez le ofrecieron colaborar en un periódico de Marsella, y mi padre aceptó contento. Al tercer o cuar-

to artículo los del periódico le escribieron asombrados y defraudados. Los artículos no estaban mal, pero ellos esperaban algo más duro contra la dictadura de Primo de Rivera. 'Se han equivocado ustedes —les contestó—, yo me meto con la Dictadura en periódicos españoles, pero no en los extranjeros. Eso no me interesa'. Todo lo que pensaba lo decía clarísimo".

"Otra vez pasó por Hendaya un cura español que quería visitarle. El cura se empeñó en hablarle en francés, pero mi padre le respondía siempre en español. 'Oiga, que yo sé francés', le dijo el cura con petulencia. 'Sí, pero yo no', fue la respuesta. Nunca quiso que le enviaran paquetes y cartas subrepticamente a Hendaya, ni tampoco era amigo de secretes conspiratorias. 'Si ustedes van a decirme algo en secreto, no lo hagan, porque yo no le guardo el secreto a nadie', dijo en una ocasión".

La entrevista con Fernando adquiere perfiles insospechados cuando le pido que me muestre —si es que los conserva— algunos recuerdos personales de don Miguel. La esposa hurga en unos cajones y salen a la luz unas notas en papel amarillento, todavía con el membrete del casino de Salamanca. Están escritas a lápiz, sin tachaduras, con la letra maciza, rotunda y acabada de Unamuno. Se habían olvidado de ellas y ahí están. Me aseguran que son inéditas, y pude comprobar que eran apuntes del escritor relacionadas con los últimos meses de su vida, en plena guerra civil. Un testimonio de valor quizá decisivo para conocer su pensamiento en los funestos momentos que siguieron a su destitución del cargo de rector. Hablo a Fernando y su mujer de la importancia de las notas, y les insisto para que me las dejen publicar. Es un vano empeño.

Mercedes, sobre todo, se niega en redondo. Cree que algunas personas se sentirían heridas con ellas, y "es mejor no sacarlas". "Podrían molestarnos con mucha gente y no queremos". A estas alturas todos deberíamos estar curados de espanto, pero es evidente que no es así. Mientras hablamos intento copiar unas líneas al azar:

"La sangrienta batalla de Talará de la Reina, en cuya plaza de toros había muerto ensangrentado Joselito, el torero gitano".

"Los siglos precisos para que la ilusión antropocéntrica se desvanezca en el pueblo inculto".

Mercedes se da cuenta y me vuelve a quitar las notas. "No, no y no". Se acabó. ¿Nos quedaremos sin saber lo que pensaba Unamuno de la contienda civil al final de su vida? ¿Tendremos que ir, como tantas veces, a mendigar los originales a alguna institución extranjera? Espero que este matrimonio, tan ligado a Unamuno,

reflexione y nos deje ver pronto a los españoles el puñado de cuartillas escritas a lápiz que guardan tan celosamente en uno de los cajones de su casa. Hombres como Unamuno merecen que su herencia intelectual, hasta la última letra, pase a ser patrimonio de la nación, porque ellos son su exponente más elevado. ¡Por favor, los papeles!

Y volvemos a los recuerdos. Fernando guarda pocos de la guerra, porque en Palencia apenas la hubo. Sólo unos tiros al principio. "Al contrario, vivimos muy bien, porque el pescado y la comida que iba hacia Madrid se quedaba en el camino. Comimos de todo y muy barato".

Ahora se quejan de los coches, del humo, de la falta de paseos. Madrid, en verdad, tiene mucho de ciudad inhóspita para el paseante, y a Unamuno le hubiera resultado difícil vivir hoy en ella.

"Le gustaba dibujar. Hay cuadros pintados por él de cuando era chico. Son copias de Lecuona, un pintor vasco que vivía en el estudio encima del piso que mi familia tenía en la calle de la Cruz, de Bilbao. Los cuadros se conservan en Salamanca. Desde Salamanca iba a menudo a Portugal. Le gustaba, sobre todo, el paisaje y hablar con la gente. Fue nombrado presidente de la línea férrea portuguesa".

No ha dejado Unamuno ninguna tradición literaria en la familia. Ninguno de sus hijos ha sentido deseos de escribir libros. Ni siquiera les gusta escribir cartas. Mercedes no cree que Rafael, el oftalmólogo, haya escrito una carta en su vida.

A Unamuno no le gustaba la radio, ni el fútbol, ni los toros. "Una vez en Santander fuimos a los toros, y tuvimos que salir en seguida. Yo veía que estaba muy a disgusto y le dije: '¿No te gusta esto?'. 'No'. 'Pues, vámonos'. Y volvimos a casa. A veces era muy directo hablando. En una conferencia en el Ateneo dijo en una ocasión: 'Ya sé que ahora los jóvenes se dedican a hacer excursiones en las motos con sidecar, donde llevan a las putas...', y a muchos les escandalizó".

Reitera Fernando la sencillez de su padre, que desvanecía la imagen del intelectual altanero que algunos le han forjado. Amoldó su vida a su pensamiento. "Una vez que le llevaron a ver al Rey tuvieron que insistirle mucho para que se pusiera de etiqueta. 'Al Rey —decía— se le va a ver como si fuera cualquier otra persona'".

Era el mismo Unamuno que pasaba en casa la mayor parte del tiempo, capaz de distraer a un niño, y con el que a sus hijos les gustaba jugar.

"Nos hacía pajaritas de papel y dibujos. Nos entendíamos muy bien... Mejor dicho, él se entendía muy bien con nosotros". ■